

Costa hoy: El arbolado y la Patria

Por

MILAGROS ORTEGA COSTA

En esta breve charla sobre Costa hemos decidido tratar de algunas de las ideas expuestas en *El arbolado y la patria*, en parte porque como a él me apasionan los árboles, en parte porque aquellas siguen siendo de apremiante actualidad, tanto en España como en el mundo en general.

En los artículos, discursos y notas que se amalgamaron en el segundo volumen de la llamada Biblioteca Costa, con el título *El arbolado y la patria*, don Joaquín manifiesta su portentosa visión de uno de los problemas más acuciantes de España, así como su enfoque plurifacético. El Costa agrónomo, el economista, el ecólogo, el historiador, el sociólogo, el político, el filósofo, etc., se complementan no sólo para apuntar las catastróficas consecuencias de la desamortización en la economía y en el bienestar del país, sino también para ofrecer un eficaz programa de regeneración.

En esta obra Costa considera la cuestión del arbolado principalmente en el Alto Aragón, que es la zona que mejor conoce y que ha observado con mayor detalle, pero no se le escapan los problemas y las soluciones de otros climas y de otros territorios peninsulares. Y así, con urgente voz nos informa que desde las talas masivas hechas por los entonces recientes propietarios, nacidos de la desamortización, tanto el clima como los cultivos han sufrido y siguen sufriendo en una progresión geométrica sumamente peligrosa.

Los árboles, nos dice, «rigen la lluvia y ordenan la distribución del agua llovida, la acción de los vientos, el calor, la composición del aire... Tienden a suprimir los extremos aproximándolos a un medio común. Las plantas domésticas encuentran en ellos protección contra el frío, contra el calor, contra el granizo, contra los vientos y el progreso de las arenas volantes. Almacenan el calor excesivo del verano y el agua sobrante de los aguaceros y los van restituyendo lentamente durante el invierno y en tiempo de sequía» (1-2).

Costa nos explica, repito con un gran conocimiento, las alteraciones del clima y cómo la lluvia beneficiosa que el arbolado favorece se convierte en aguas torrenciales y en granizadas que desde los pelados montes y peñas se precipitan arrastrando el suelo, protegido antes por las raíces de los árboles, y cómo estos frenéticos torrentes inundan los valles y las riberas de los ríos llevándose las cosechas y la tierra de cultivo, tierra que se pierde inexorablemente en el mar.

Es interesante observar aquí que a pesar de las críticas del ingeniero de montes Elorrieta Artaza, citadas por Martín-Retortillo en su *Joaquín Costa*, sobre el excesivo énfasis que ponía don Joaquín en la influencia del arbolado en el clima y en la distribución de la lluvia, recientes publicaciones en los Estados Unidos sobre el tema confirman, sin dejar lugar a dudas, las ideas de Costa. Robert Lamb, por ejemplo, autor del *World Without Trees*, añade, a estas graves consecuencias de la despoblación forestal, otra que no hemos encontrado en los escritos de Costa y ésta es que el limo en suspensión que acarrearán los ríos después de una fuerte riada, disminuye el ritmo normal de evaporización, con lo cual se avanza un paso más hacia el total desequilibrio hidrológico.

No menos interesante, desde otro punto de vista, es observar cómo se plantea Costa el problema de comprobar estas teorías: «Si el arbolado —nos dice— ejerce tan poderosa influencia en los hidrometeoros, el efecto inmediato de la despoblación de los montes ha debido ser el alterar su curso; y entonces el Refranero meteorológico del país debe encontrarse desmentido a cada paso por los hechos y ser mirado con recelo y desconfianza por los labradores, archiveros natos de esta rama de la literatura popular. ¿Confirman los hechos esta consecuencia hija de la especulación racional?». En efecto, encontró Costa que los labradores con quienes habló en diversas excursiones, se quejaban todos de que no podían fiarse, como sus mayores, de los refranes meteorológicos, de que el tiempo había cambiado.

A Costa, entusiasta teorizador de la tradicional sabiduría popular, no se le escapa el alcance de esta comprobación, ahora en relación a «la vida interior de los refraneros populares», pero esto es materia para otra ocasión. En todo caso, entre los refranes que Costa recoge en ese artículo, «muertos al par del nublado», los hay tales como «Aire de Guara, agua en la cara», «Aire Morellano, ni paja ni grano», «Cuando Moncayo se acerca, el agua se aleja», etc.

En cuanto a la influencia de la despoblación forestal sobre la temperatura nos dice: «Si los bosques obran a modo de mares interiores elevando la temperatura media..., o cuando menos, regularizándola, la despoblación de los montes situados en la zona fronteriza de cada dos regiones agrícolas (región de la viña, del olivo, etcétera) debe de ir seguida de la desaparición de ciertos cultivos que hasta allí habían sido posibles, merced al abrigo que los árboles les prestaban...». Y de nuevo, en el Alto Aragón, los hechos confirman la teoría: los viñedos en los valles de Huesca y Lérida fronterizos a Francia han retrocedido considerablemente o han desaparecido. Donde antes había una próspera industria vinícola no quedan ahora más que algunas cepas retorcidas y fincas o tierras cuyos nombres atestiguan su existencia en tiempos no lejanos: Las Viñas, Las Viñazas, El Viñé, etc.

En fin, Costa ilustra el efecto destructor de las aguas torrenciales y el rápido avance de la erosión con el siguiente diálogo:

—¿Hay minas en las Canteras de Fornillos (una loma rojiza que se erigía entre la ciudad de Huesca y el pueblo de Fornillos), que veo fundado un pueblo nuevo por aquella parte? —preguntaba no ha mucho un Jefe militar, tras una ausencia de veinte años.

—No hay ni minas, ni pueblo nuevo; es el mismo Fornillos que ha quedado al descubierto...

—Pues o Fornillos se ha aproximado a Huesca, o Huesca... a Fornillos o... se han levantado a mayor altura... —contestó el Jefe militar.

—Ni lo uno ni lo otro. Es sencillamente que las aguas han apartado de en medio la pantalla que interrumpía la visual...

Ahora bien, si pasamos de estos beneficios indirectos de los árboles a los directos, nos encontramos que los árboles, vivos y muertos, son nuestros más fieles y eficaces servidores y parte integrante de nuestras vidas, y así les dice Costa a los niños de Ricla: los árboles «hacen tablas y vigas, hacen leña, hacen carbón, hacen alcohol, hacen azúcar, hacen pan, hacen sidra, hacen aceite, hacen cacao, hacen café, hacen jarabes y refrescos, hacen seda, hacen quina, hacen papel, hacen caucho, hacen forraje, hacen... higos, dátiles, naranjas, melocotones, cerezas, peras y manzanas, hacen tierra vegetal, hacen manantiales, hacen oxígeno, hacen salud, hacen pájaros y flores, hacen poesía, hacen hogar, hacen sombra, hacen patria...».

Y porque son tan importantes los árboles, Costa una y otra vez insta a que se instauren en colegios e institutos cátedras donde los

niños aprendan a respetarlos y a cuidarlos, ya que «uno de los medios más eficaces para conseguir que los pueblos arbolasen las lindes de los campos sería inspirar a los labradores desde la infancia ya cariño y pasión hacia los árboles, enseñando en las escuelas de una manera práctica y simultáneamente con la lectura y la escritura, cuánto cuesta y cuánto vale un árbol y cómo se cultiva y reproduce».

Costa ve también en los árboles un medio de liberar al labrador de la esclavitud del arado y de esas jornadas, agotadoras así para el espíritu como para el cuerpo, que requiere el cultivo de los cereales, que ni son afines ni económicos en gran parte de la tierra que a ellos se dedica. «España no es país de Ceres». Los árboles, por el contrario, «se contentan con algunas horas de cultivo al año», dejando al labrador libre para dedicarse a la lectura o a otros quehaceres del espíritu. (*Agricultura armónica*, pp. 11 y 92.)

Y a los que creen que la silvicultura «es gastar para los nietos» les dice que, en tiempo, «no cuesta más que una viña una pomarada, un almendral, un castañar, un naranjal..., un olivar». Y para hacer hincapié en este error en que tantos caen de que los árboles necesitan años y años antes de rendir, Costa traza el siguiente paralelo: «El año que os nace un hijo plantad una tierra de árboles... El niño cumple cinco años y lo enviáis a la escuela; pues aquel mismo año ya los frutales y los almendros os dan cosecha. El niño va al Instituto y los castaños os dan una cosecha de madera... Le matriculáis en la Universidad, a los quince años, y el encinar os da su primera cosecha de bellotas. Sale de la Universidad a los veinte años, aún es menor de edad..., y ya los frutales que han fructificado trece o catorce años están viejos y podéis plantarlos segunda vez... Cuando vosotros dais un hijo útil a la sociedad, los árboles os han dado los suyos años y años...».

Costa, además, encuentra en la compañía de los árboles «con el viento que los agita, con los pájaros que los pueblan» una paz que encontró pocas veces entre los hombres. «Si me quitasen aquel pinar de la Florida de Madrid, me parecería que me quitaban una de las raíces de mi existencia... Nada más sedante, nada más a propósito para calmar la desesperación».

Y calmar la desesperación necesitamos hoy, los que como Costa, comprendemos la necesidad urgente de conservar y aumentar la reserva forestal, si no queremos enfrentarnos pronto con el insólito y a todas luces inhabitable mundo sin árboles.